

## **AGENDA CIUDADANA**

### **ETICA Y DISCURSO PRESIDENCIAL Lorenzo Meyer**

#### **Pedir A Otros Que No Hagan Lo Que Uno Hizo.**

"Es de muy dudosa ética buscar obtener, con la manipulación de las circunstancias económicas, el respaldo que el pueblo no otorgó en las urnas". Esta afirmación la hizo el presidente el pasado día 24, aparentemente en respuesta al reclamo del PRD porque el gobierno no cumplió con los términos de un supuesto acuerdo para volver a efectuar elecciones en Tabasco en condiciones de auténtica competitividad, libres de las notables irregularidades que marcaron las del 20 de noviembre pasado. En si misma, la afirmación puede discutirse, pero en cualquier caso resulta que no es hoy el presidente el personaje más adecuado para, en nombre de la ética, proponer que no se manipulen las circunstancias económicas para sacar ventajas políticas. Y no lo es porque fue precisamente -la manipulación de mala fe de la economía- lo que le aseguró la presidencia al candidato del PRI.

Para empezar, el programa de Solidaridad que montó Salinas fue en buena medida una muy efectiva manipulación de las necesidades económicas de grupos populares para recuperar el poder presidencial y los votos perdidos en 1988. En la campaña electoral de 1994, con Ernesto Zedillo como candidato del PRI, el gobierno y su partido manipularon las expectativas económicas generales para inducir a los electores a votar por un programa cuyas bases económicas en realidad carecían de la firmeza que suponía la promesa de un sexenio que lograría la paz y el "bienestar para tu familia".

**Para los que Sabían como Hacerlo, la Crisis no fue Sorpresa.**

La actual crisis de la economía mexicana -y muy posiblemente del modelo neoliberal tal y como fue aplicado por la tecnocracia dorada del salinismo-, no fue algo imposible de prever para los bien informados y técnicamente bien preparados economistas gubernamentales. Las señales que apuntaban en esa dirección estaban a la vista de los altos mandos de la economía mexicana desde fines de 1993 y, sin duda, a mediados de 1994. Más de un analista alejado de los círculos de decisión así lo advirtió y lo señaló a tiempo (véase, por ejemplo, a Macario Schettino, *El costo del miedo. La devaluación de 1994/1995*, Ed. Iberoamérica, 1995).

Si finalmente Carlos Salinas y su pequeño círculo de tecnócratas no hicieron lo que pudieron y debieron hacer para evitar la catástrofe, no fue por falta de información sino de ética. En efecto, los economistas-políticos lanzaron a la economía mexicana por un camino tan peligroso como espectacular - ¡México, ejemplo para el mundo subdesarrollado! ¡México, miembro de la OCDE!-, porque así convenía a sus intereses de grupo, no al país. La campaña presidencial de 1994 requirió manipular consciente y fríamente las cifras económicas y a la economía misma y a las expectativas del mexicano promedio, para crear artificialmente una atmósfera de prosperidad generalizada y supuestamente sostenible a largo plazo. Sólo insistiendo en que el modelo implantado a partir de 1988 estaba bien, que no necesitaba ya ningún cambio sustantivo o doloroso, tendría

credibilidad y éxito en las urnas el candidato del partido de Estado y del "El sabe como hacerlo".

Fue en el contexto de economía ficción que caracterizó a la última parte del sexenio salinista, que se desarrolló una campaña de propaganda gubernamental donde se manipuló y mintió sin recato. Así, por ejemplo, al enorme y creciente déficit en las cuentas mexicanas con el sector externo -15 mil millones de dólares en 1991, 25 en 1992, 23 en 1994 y 28 en 1994- se definió desde el poder no como el resultado de un problema estructural de balanza de pagos sino como uno más de los indicadores de la gran salud del proyecto en marcha. Como señalara Gabriel Zaid (**Reforma** 29 de enero), al déficit comercial la tecnocracia le llamó ¡superávit de confianza externa en México! y al déficit mayúsculo lo presentó como ¡transferencias mayúsculas de ahorros del exterior hacia México! Y fue así, envuelto en esa atmósfera de irrealidad, que México llegó a las elecciones del 21 de agosto... y cuatro meses después al duro encuentro con la realidad.

#### **Las Señales que no se Quisieron Ver.**

Que los tecnócratas en el poder debieron de haber advertido el problema meses antes de que se presentara, es hoy evidente. Las cifras en la cuenta corriente -el indicador de peligro que entonces usamos los no economistas- no fue el único, también estaba la sobrevaluación del peso que se inició desde la segunda mitad de 1990 y que para 1992 alcanzó una magnitud preocupante. El dólar barato alentó grandes importaciones en exceso de las exportaciones y éstas fueron el ancla de la baja inflación, orgullo del salinismo, pero que nunca sirvieron de gran cosa para

lo tiene que ser el objetivo de toda política económica digna de tal nombre: la creación de empleo, y empleo bien remunerado.

La posibilidad de vivir durante todo un sexenio por encima de nuestras posibilidades, la dio el gran superávit en la cuenta de capital. Ahora bien, se trató, sobre todo, de capital norteamericano especulativo que no llegó nunca con la intención de arraigarse, y se sabía que estaría aquí sólo mientras la tasa de interés permaneciera alta, muy alta. ¡Y vaya que los Tesobonos o la Bolsa de Valores le dio a ese capital un rendimiento muy superior al que le hubieran dado los bonos a treinta años del gobierno norteamericano!. En enero y febrero del año pasado, la brecha entre las variaciones entre el índice de la bolsa mexicana (IPC) y el de los bonos gubernamentales americanos, era enorme. Sin embargo, a partir de marzo las cosas comenzaron a cambiar para mal y muy rápidamente.

El gobierno norteamericano, por razones internas -evitar que el ritmo de crecimiento de su economía llegara a revivir la inflación-, decidió poner en marcha una política de aumento en las tasas de interés: los bonos gubernamentales de corto plazo (3 meses) empezaron a subir desde 1993 y los de largo plazo (30 años) a partir del primer trimestre de 1994. Se trató de un aumento sostenido y relativamente rápido. Para cuando se anunció la candidatura de Ernesto Zedillo, los índices tendieron a converger -el norteamericano iba a la alta y el mexicano a la baja- y en julio, la ventaja de tener los dólares en papel mexicano en vez de norteamericano -siempre seguro- ya no era tan evidente para el inversor externo. Una gráfica que comparase

ambos índices en 1994, mostraría que en octubre la tendencia del índice de la bolsa mexicana era a caer y a separarse de la línea que representaba la tasa creciente de interés en Estados Unidos. Para entonces, y explicablemente, la compra neta de acciones extranjeras -entre ellas las mexicanas- por parte de los inversionistas norteamericanos, había bajado notablemente respecto de los meses anteriores: la combinación de seguridad y ganancia que daba invertir en papel norteamericano, hacían a éste muy atractivo.

Para hacer la situación más difícil -pero más clara en relación al camino que debieron de haber tomado las autoridades financieras mexicanas-, resulta que desde agosto el ritmo de crecimiento de las importaciones mexicanas se había ido hacia arriba mientras que el de las exportaciones se había mantenido casi constante: en octubre y en relación al mes anterior las exportaciones mexicanas crecieron en 13% pero las importaciones lo hicieron al doble: el déficit provocado por el dólar barato tendía a aumentar. Se debió de haber actuado antes o al menos entonces sobre el tipo de cambio, pero no se hizo nada.

Para noviembre, las reservas del Banco de México que en febrero de 1994 eran del orden de los 29 mil millones de dólares, habían caído a casi la mitad. La salida de capital en una situación de desequilibrio comercial creciente se transformaría en el detonador de la crisis. Históricamente, las reservas del Banco de México se han acumulado para que, en determinadas coyunturas, los especuladores las usen en su provecho, y la corrida que tuvo lugar entre octubre y diciembre del año pasado

lo volvió a confirmar: más de diez mil millones de dólares. Y en esta espectacular sangría, fueron mexicanos los adelantados.

En un análisis hecho en la Brookings Institution el 27 de enero con datos como los anteriores por Jorge O. Mariscal, encargado del grupo de análisis para América Latina de Goldman Sach & Co., se sostuvo que el 80% de la gran crisis económica mexicana de 1994/1995 se explica **no por acontecimientos políticos relativamente inesperados** como fueron la rebelión neozapatista de Chiapas o los asesinatos de dos miembros del grupo gobernante mexicano -Luis Donaldo Colosio y Francisco Ruiz Massieu-, sino por el mal manejo de variables puramente económicas.

#### **Una Manipulación Tan Poca Etica Como Finalmente Inefectiva.**

¿Por qué una élite política conformada casi exclusivamente por economistas de supuestamente alto nivel no actuó a tiempo, ya no digamos para evitar daños a su modelo de desarrollo, pero al menos para minimizarlos? La explicación es tan clara como poco ética: por la misma razón que Salinas no quiso admitir públicamente en 1993 la existencia de una fuerza guerrillera en Chiapas para no despertar dudas en Estados Unidos respecto a la efectividad de su gobierno en momentos en que negociaba el Tratado de Libre Comercio, tampoco quiso hacer visible en 1994 ante el electorado mexicano el flanco débil del modelo económico vigente y poner en duda el famoso lema: "Por el bienestar de tu familia". Finalmente, metido como estaba Salinas en su campaña global para llegar a ser el primer presidente de la Organización Mundial de Comercio (OMC) en 1995, simplemente buscó posponer el

que una devaluación pusiera al descubierto el lado oscuro de su administración.

### **Necesaria y Util Una Nueva Relación Con La Oposición.**

Una presidencia a la que le sobran problemas y le faltan apoyos, debería intentar una nueva relación con la oposición, con la crítica en general y con la sociedad en su conjunto. Nadie con sentido de la decencia puede defender la limpieza de las pasadas elecciones en Tabasco ni en ninguna otra parte; todas fueron obra de un partido de Estado que, por definición, no debería existir como tal. Por otra parte, hoy, el conflicto real, de fondo, de Ernesto Zedillo es menos con los partidos de oposición y más con su propio partido donde, en efecto, "los demonios andan sueltos".

En estas condiciones, más pronto que tarde pudiera llegar un momento en que la presidencia requiriera de una oposición de centro izquierda que se comportase según el *dictum* de Jesús Reyes Heróles: "lo que resiste apoya". Sin embargo, para que aquello que realmente resiste llegue a apoyar, debe contar con las razones y los hechos para ello. Hechos y razones que le lleven a superar una profunda desconfianza -bien justificada por cierto y de raíces muy profundas- frente a una presidencia de naturaleza autoritaria. Así pues, al jefe del Ejecutivo actual no le conviene -ni le queda- asumir una posición de superioridad moral frente al adversario más consistente, y si en cambio le podría ser provechoso intentar una distinta: una de trato respetuoso, digno, sin trampas, de compromisos claros y firmes donde nadie pueda, como ahora, llamarse a engaño. Los tiempos y el interés propio tanto como el general así lo aconsejan.